

Haz todo aquello que no mancille tu memoria. No admitas al sueño en tus ojos, antes de haber examinado tres veces en tu alma las obras del día. Pregúntate: ¿En dónde he estado? ¿Qué he hecho? ¿Qué hubiera debido hacer?

Así pues, después de una vida santa, cuando restituyas tu cuerpo á los elementos, serás inmortal é incorruptible, y no podrás morir (1).

Hé aquí casi por entero todo lo que ha podido recogerse de esa tan famosa antigua sabiduría de los tiempos. Unas veces se representa á Dios con cierta oscuridad, aunque sin duda en fuerza de su luz, pues las tinieblas deslumbran nuestros ojos cuando nos proponemos mirar al sol; otras, se declara infame al hombre sin amigos, y el legislador castiga á casi todos los desgraciados; ora vemos el suicidio convertido en ley; ora en fin, algunos de esos sabios parecen olvidar enteramente á un Ser Supremo. ¡Y cuántas cosas vagas, incoherentes y vulgares no se advierten en la mayor parte de esas sentencias! Los sabios del Pórtico y de la Academia anuncian alternativamente máximas tan contradictorias, que puede probarse muchas veces con el mismo libro que su autor creía y no creía en Dios; que reconocía y no reconocía una virtud positiva; que la libertad es el primero de los bienes, y que el despotismo es el mejor de los gobiernos.

Mas, si en medio de tantas perplejidades, viésemos aparecer un código de leyes morales, que sin contradicciones ni errores, hiciese cesar nuestras incertidumbres; que nos enseñase lo que acerca de Dios debemos creer, y cuales son nuestras verdaderas relaciones con los hombres; si ese código se anunciase con una seguridad de doctrina y una sencillez de lenguaje desconocidas hasta allí, ¿no deberíamos inferir que semejantes leyes no podían emanar sino del cielo? Pues bien: poseemos esos preceptos divinos; y, ¿que preceptos para el sabio! ¿qué cuadro para el poeta!

Ved á ese hombre que baja de las incendiadas alturas: sus manos sostienen sobre el pecho una tabla de piedra: su frente despide dos destellos de fuego; su rostro irrada las glorias del Señor; el terror de Jehová le precede, y allá en el horizonte se extiende magestuosa la cordillera del Líbano con sus nieves eternas y sus cedros que se pierden en las nubes. Arrodillada al pié de la montaña, sobre cuyas cimas estallan el trueno y el rayo, la asombrada posteridad de Jacob vela su cabeza, temiendo ver á Dios y morir. Pero los truenos enmudecen y hé aquí que resuena una voz:

«Escucha, oh tú Israel, á mí Jehová, *tus Dioses* (2); que te he sacado de la tierra de Mitzraim, de la casa de esclavitud.

1. No tendrás otros Dioses en mi presencia.
2. No formarás ídolos con tus manos, ni imagen alguna de cuanto existe en las *maravillosas aguas superiores*, ni sobre la tierra, ni en las aguas que están debajo de la tierra. No te inclinarás delante de las imágenes, ni les darás culto, porque yo soy Jehová, *tus Dioses*, el Dios fuerte, el Dios celoso, que persigue la

(1) Pudiera añadir á este cuadro un extracto de la *República* de Platon, ó mas bien de los doce libros de sus leyes, que son en nuestro juicio su mejor obra, tanto por el hermoso cuadro de los tres ancianos que discurren dirigiéndose á la fuente, como por la severa razon que brilla en su diálogo. Mas, como tales preceptos no han sido puestos en práctica, nos abstenemos de hablar de ellos.

Por lo que respecta al Alcoran, lo que en él se encuentra de bueno y justo está tomado casi literalmente de nuestros libros sagrados; lo restante es una compilación rabínica.

(2) Reproducimos el Decálogo textualmente traducido del hebreo, á causa de las palabras *tus Dioses*, que ninguna traducción ha desentrañado.

iniquidad de los padres y la iniquidad de los que me aborrecen, en los hijos de la tercera y la cuarta generacion, y dispense gracia mil veces á los que me aman y observan mis Mandamientos.

3. No tomarás el nombre de Jehová, *tus Dioses*, en vano; porque no declarará inocente al que tomare su nombre en vano.
4. Acuérdate del día del Sábado para santificarlo. Trabajarás seis días, y harás tu obra, y el día séptimo de Jehová, *tus Dioses*, no harás faena alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tu camello, ni tu huésped, *delante de tus puertas*; porque Jehová hizo en seis días las *maravillosas aguas superiores*, la tierra, el mar, y todo lo que en ellas se encierra, y descansó el séptimo, que Jehová bendijo y santificó.
5. Honra á tu padre y á tu madre, para que tus días sean largos sobre la tierra; y *mas allá* de la tierra que Jehová, *tus Dioses*, te ha dado.
6. No matarás.
7. No serás adúltero.
8. No hurtarás.
9. No levantarás falsos testimonios contra tu prójimo.
10. No desearás la casa de tu vecino, ni la mujer de tu vecino, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su jumento, ni nada de lo que pertenece á tu vecino.

Hé aquí las leyes que el Eterno grabó, no solo en la piedra del Sinaí, sino tambien en el corazón del hombre. Llama desde luego la atención el carácter de universalidad que distingue esta tabla divina de las tablas humanas anteriores á ella. Esta es la ley de todos los pueblos, de todos los climas, de todos los tiempos. Pitágoras y Zoroastro se dirigen á los griegos y á los medos; pero Jehová, al hablar á todos los hombres, se ostenta como el Padre Omnipotente que vela sobre la Creación, y que deja caer igualmente de su mano el grano de trigo que alimenta al humilde insecto, y al sol que lo alumbrá.

Se notará asimismo que nada es mas admirable, en su sencillez llena de justicia, que esas leyes morales de los hebreos. Los paganos mandaron tributar honor á los padres, y Solon impuso la pena capital al mal hijo; mas, ¿qué hace Dios? promete una larga vida á la piedad filial. Este mandamiento está tomado en la misma fuente de la naturaleza. Dios ha hecho un precepto del amor filial, mas no hizo otro del amor paternal, porque sabía que el hijo, en quien se reúnen todos los recuerdos y todas las esperanzas del padre, sería entrañablemente amado por este; pero impuso, sí, el amor al hijo, porque conocía la inconstancia y el orgullo de la juventud.

A la fuerza del sentido interno se unen en el Decálogo, como en las demás obras del Todopoderoso, la magestad y la gracia de las formas. El brazman explica prolijamente las tres presencias de Dios, al paso que el nombre de *Jehová* las expresa en una sola palabra, que encierra los tres tiempos del verbo *ser*, unidos mediante una combinación sublime: *havah*, fue; *hovah*, siendo, ó es; y *je*, que cuando está delante de las tres letras radicales de un verbo, indica el futuro, en hebreo, *será*.

Finalmente, los legisladores antiguos consignaron en sus códigos las épocas de las fiestas de sus naciones; pero el día del reposo de Israel es el mismo del descanso de Dios. El hebreo, y su heredero el gentil, en las horas de su oscuro trabajo, tienen á la vista nada menos que la creación sucesiva del universo. La Grecia, tan poética por otra parte, jamás pensó en referir las tareas del labrador ó del artesano á aquellos famosos instantes en que Dios creó la luz, trazó la órbita del sol, y animó el corazón del hombre.

¡Leyes de Dios! ¿cuán poco os pareceis á las de los hombres! Eternas como el principio de que emanais, en vano se deslizan los siglos, pues resistís á estos, á la persecución, y aun á la corrupción de los pueblos. Esta legislación religiosa, organizada en el seno de las legislaciones políticas (y no obstante independiente de sus destinos), es un extraño prodigio. Mientras las formas de los reinos pasan y se modifican, y en tanto que el poder rueda de mano en mano, á merced de la suerte, algunos cristianos que se han mantenido fieles en medio de los caprichos de la fortuna, continúan adorando al mismo Dios, y sometiendo á las mismas leyes, sin creerse libres de sus vínculos por las revoluciones, ni por las catástrofes, ni por el ejemplo. ¿Qué religion no perdió en la antigüedad su influencia moral, al perder sus sacerdotes y sacrificios? ¿Dónde están los misterios del antro de Trofonio y los secretos de Ceres-Eleusina? ¿No cayó Apolo con Delfos, Baal con Babilonia, Sérapis con Tebas, y Júpiter con el Capitolio? Solo el Cristianismo ha visto derumbarse muchas veces los edificios donde se celebraban sus pompas, sin vacilar en su caída. No siempre ha tenido templos Jesucristo, pero todo es templo para el Dios-Vivo: la mansión de los muertos, la caverna de la montaña, y especialmente el corazón del justo; no siempre ha tenido Jesucristo altares de pórfido, ni púlpitos de cedro y marfil, ni por servidores á hombres felices; pero una piedra en el desierto basta para celebrar sus misterios; un árbol para predicar en él sus leyes, y un lecho de espinas para practicar sus virtudes.

## LIBRO TERCERO.

### Verdad de las Escrituras; caída del hombre.

#### CAPITULO PRIMERO.

Superioridad de la tradición de Moises sobre todas las demás cosmogonias.

HAY verdades por nadie controvertidas, aunque no puedan aducirse respecto de ellas pruebas inmediatas: al número de esas verdades pertenecen la rebelion y la caída del espíritu de orgullo, la creación del mundo, la felicidad primitiva y el pecado del hombre, pues es imposible creer que una mentira absurda llegue á ser una tradición universal. Abrid los libros del segundo Zoroastro, los Diálogos de Platon y los de Luciano, los tratados morales de Plutarco, los fastos de los chinos, la Biblia de los hebreos y los Edda de los escandinavos; trasladados á los países poblados por los negros del Africa, ó comunicados con los sabios sacerdotes de la India, y todos os narrarán los crímenes del dios del Mal; todos os pintarán los tiempos asaz breves de la bienandanza del hombre, y las largas calamidades que siguieron á la pérdida de su inocencia.

Voltaire dice que tenemos la peor copia de todas las tradiciones relativas al origen del mundo, y á los elementos físicos y morales que lo componen. ¿Será que prefiera la cosmogonia de los egipcios, esto es, el gran huevo alado de los sacerdotes de Tebas? Hé aquí lo que nos refiere con mucha gravedad Herodoto, el mas antiguo de los historiadores después de Moises:

«El principio del universo era un ambiente sombrío y tempestuoso, un viento formado de un aire muy denso y de un turbulento caos. Este principio no tenía límites, y durante mucho tiempo no había tenido extension ni figura determinadas. Pero cuando este viento se enamoró de sus propios principios, resultó de ellos una mezcla que los hombres denominaron deseo ó amor.

»Esta mezcla, una vez verificada, fue el principio

de todas las cosas: pero el viento no conocía su propia obra, es decir, la mezcla. Esta engendró á su vez, con el viento su padre, á *Mot* ó el *limo*, y de este procedieron todas las generaciones del universo.»

Si pasamos á los filósofos griegos, Tales, fundador de la secta jónica, reconocía el agua como principio universal. Platon sostenía que la Divinidad había arreglado el mundo, pero que no había podido crearlo. Dios, dice, formó el universo según el modelo que desde la eternidad existía en sí mismo. Los objetos visibles, no son sino sombras de las ideas de Dios, únicas verdaderas sustancias. Dios infundió además un soplo de vida en los seres, y compuso de él un tercer principio, á la par materia y espíritu: este principio se llama el *alma del mundo*.

Aristóteles discurría como Platon acerca del origen del universo, pero concibió el hermoso sistema de la cadena de los seres; y subiendo de acción en acción, probó que existe en alguna parte un primer móvil.

Zenon decía que el mundo se arregló en virtud de su propia energía, y que la naturaleza es ese todo que lo abraza todo; que este todo se compone de dos principios, uno activo y el otro pasivo, no existiendo separados sino unidos; que estos dos principios están sometidos á un tercer *Fatalidad*; que Dios, la materia y la fatalidad forman un ser único; que componen á la vez las ruedas, el movimiento y las leyes de la máquina, obedeciendo como *partes* á las leyes que dictan como *todo*.

Segun la filosofía de Epicuro, el universo existe desde toda la eternidad, y no hay en la naturaleza sino dos cosas: el cuerpo y el vacío.

Los cuerpos se componen de la agregación de partes de materia infinitamente pequeñas, esto es, de los átomos que tienen un movimiento interno, la gravedad; y su revolución se verificaria en el plano vertical, si no describiesen una elipse en el vacío, en virtud de una ley particular.

Epicuro supuso este movimiento de declinación para evitar el sistema de los fatalistas, que se reproduciría por el movimiento perpendicular del átomo. Pero su hipótesis es absurda, porque si la declinación del átomo es una ley, esta ley es necesaria; y ¿cómo una causa forzosa produciría un efecto libre?

La tierra, el cielo, los planetas, las estrellas, las plantas, los minerales y los animales, incluso el hombre, nacieron del concurso fortuito de estos átomos; y cuando la virtud productiva del globo se hubo evaporado, las razas vivas se perpetuaron por medio de la generación.

Los miembros de los animales, formados al acaso, ningun destino particular tenían; la oreja cóncava no había sido ahuecada para percibir los sonidos, ni el ojo convexo había sido redondeado para recibir la luz, sino que como estos órganos eran propios para estos diferentes usos, los animales se sirvieron maquinalmente de ellos, con preferencia á otro sentido.

Inútil sería hablar de las cosmogonias de los poetas, después de haber hablado de las de los filósofos. ¿Quién no conoce á Deucalion y Pirra, la edad de oro y la de hierro? Por lo que respecta á las tradiciones esparcidas entre los demás pueblos de la tierra, en la India un elefante sostiene el globo; el sol es el autor de cuanto existe, en el Perú, en el Canadá, el *Gran-Liebre* es el padre del mundo; en la Groenlandia, el hombre ha salido de una concha de marisco; y por último, la Escandinavia vió nacer á Asko y á Emla; Odin les dió el alma, Høenero la razon, y Løedur la sangre y la hermostura:

Askum et Emlam, omni conatu destitutos,  
Animam nec possidebant, rationem nec habebant,  
Nec sanguinem, nec sermonem, nec faciem venustam:  
Animam dedit Odinus, rationem dedit Høenerus;  
Løedur sanguinem addidit et faciem venustam.

En estas cosmogonias nos vemos colocados entre

cuentos de niños y abstracciones de filósofos; y si preciso fuese optar, sería preferible inclinarse á los primeros.

Para descubrir el original de un cuadro entre multitud de copias, debemos buscar aquel que en su unidad ó en la perfeccion de sus partes revela el genio del pintor. Esto es lo que hallamos en el Génesis, original de esas pinturas reproducidas en las tradiciones de todos los pueblos. ¿Hay algo mas natural, y sin embargo mas magnífico, mas fácil de concebir, mas en

armonía con la razon humana, que el Criador bajando á la noche antigua para crear la luz á una sola palabra? Al punto el sol se muestra en el cielo, en el centro de una inmensa bóveda azul, envuelve en sus invisibles redes á los planetas, y los retiene en su derredor; los mares y los bosques empiezan á agitarse en el globo, y levantan sus primeros murmullos para anunciar al universo ese maravilloso himeneo de que Dios es el sacerdote, la tierra el tálamo nupcial, y el linaje humano la posteridad.



EL MATRIMONIO.

## CAPÍTULO II.

Caída del hombre; la serpiente; una palabra hebrea.

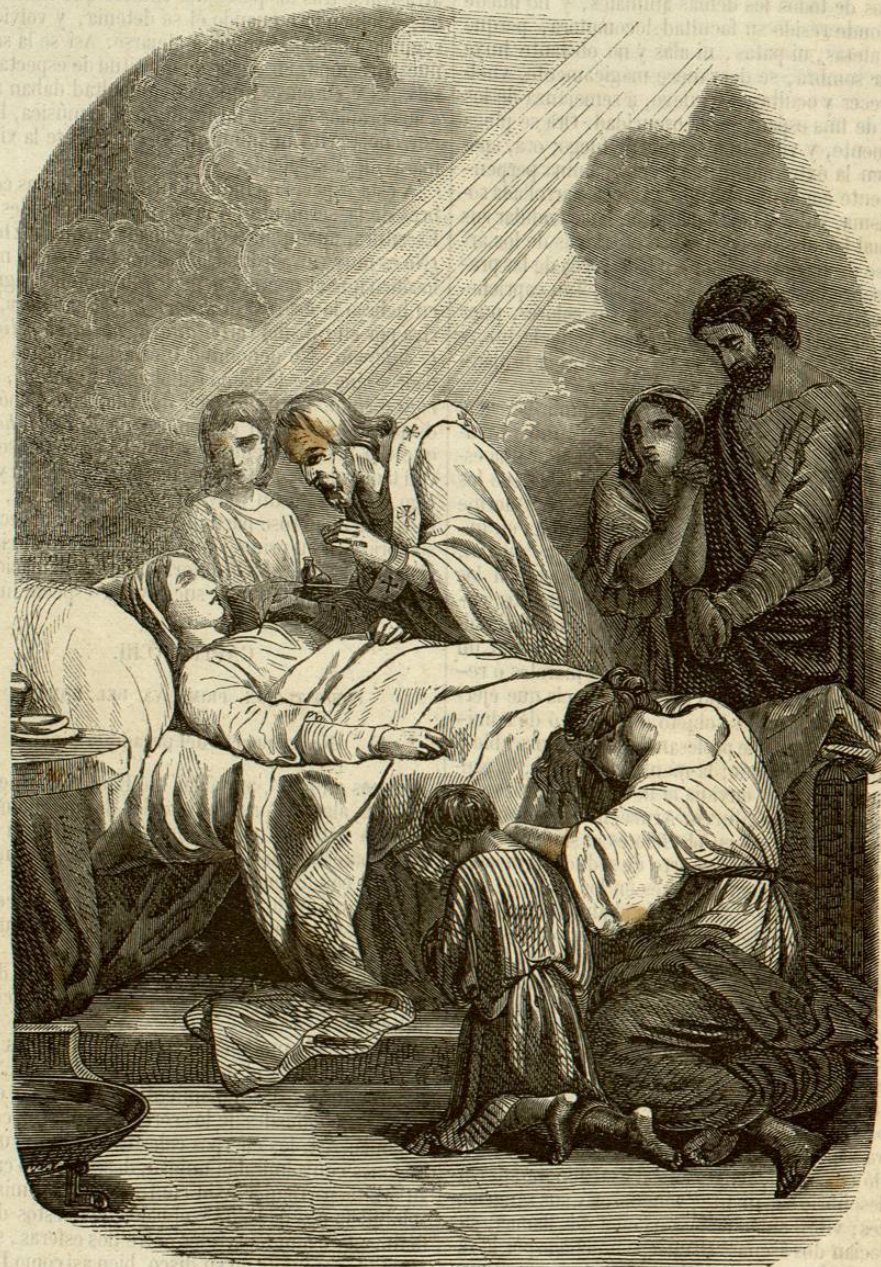
GRAN admiracion despierta esta otra verdad consignada en las Escrituras: *El hombre muere por haberse envenenado con el fruto de vida*; el hombre se perdió

por haber probado el fruto de ciencia, por haber sabido conocer demasiado el bien y el mal, y por haber cesado de ser semejante al niño del Evangelio. Supóngase cualquiera otra prohibicion por parte de Dios, relativamente á otra cualquiera inclinacion del alma; ¿que serán en tal caso la sabiduría y la profundidad del

orden del Altísimo? no otra cosa que un capricho indigno de la Divinidad, sin que resulte moralidad alguna de la desobediencia de Adam. Por el contrario, toda la historia del mundo se deriva de la ley impuesta á nuestro primer padre. Dios puso la ciencia á su alcance, porque no podia negársela, habiendo nacido el hombre inteligente y libre; pero le predijo que si queria saber demasiado, el conocimiento de las cosas seria su

muerte y la de su posteridad. El secreto de la existencia política y moral de los pueblos y los misterios mas profundos del corazon humano, están encerrados en la tradicion de ese árbol admirable y funesto.

Ahora bien: ved aquí una maravillosa consecuencia de esta prohibicion de la Sabiduría. El hombre cae, y el demonio del orgullo es quien ocasiona su caída. El orgullo finge la voz del amor para seducirle



LA EXTREMA-UNCION.

y Adam intenta igualarse á Dios, estimulado por la mujer: profunda esplanacion de nuestras dos primeras pasiones: la vanidad y el amor.

Bossuet dice en sus *Elevaciones á Dios*, al hablar del misterio de la serpiente, que los ángeles conversaban con el hombre en la forma que Dios permitia y

bajo la figura de varios animales; por esta razon Eva no se sorprendió al oír hablar á la serpiente, como tampoco al ver á Dios mostrarse bajo una forma sensible. Bossuet añade: «¿Por qué determinó Dios al ángel soberbio á dejarse ver bajo esta forma, con preferencia á cualquier otra? Aunque no es necesario sa-

berlo, la Escritura nos lo insinúa, diciendo que la serpiente era el más astuto de todos los animales, es decir, el que mejor representaba al demonio en su malicia, en sus astucias, y luego en su castigo.»

Nuestro siglo rechaza con altanería todo lo que presenta un carácter maravilloso; pero hemos observado muchas veces la serpiente, y, si nos atrevemos á decirlo, hemos creído reconocer en ella ese instinto pernicioso y esa sutileza que le atribuye la Escritura. Todo es misterioso, oculto y sorprendente en este incomprendible reptil. Sus movimientos se diferencian de los de todos los demás animales, y no puede decirse donde reside su facultad locomotora, porque no tiene aletas, ni patas, ni alas y no obstante huye como una sombra, se desvanece mágicamente, vuelve á aparecer y ocultase de nuevo, á semejanza de los destellos de una espada en la oscuridad. Ora se plega circularmente, y vibra una lengua de fuego; ora, apoyándose en la extremidad de su cola, camina perpendicularmente como por encanto. Arroja arrollada sobre sí misma, sube y baja en espiral, hace ondular sus anillos cual las olas, serpea sobre las ramas de los árboles, y se desliza páfida por entre la yerba de las praderas, ó sobre la superficie de las aguas. Tan caprichosos é indecisos como su marcha son sus colores, pues cambian según los diversos accidentes de la luz, y presentan como sus movimientos, la mentida brillantez y las pérdidas faces de la seducción.

Mas asombrosa aun en sus demás costumbres, sabe arrojar sin ser vista, cual un asesino, su túnica manchada de sangre, temiendo ser reconocida. Por una extraña facultad, puede hacer entrar en su seno los monstruos que el amor ha hecho salir de él. Duerme meses enteros, frecuenta los sepulcros, habita en lugares desconocidos, compone venenos que hielan, abrasan ó manchan el cuerpo de su víctima con los colores de que aparece teñida. Allí levanta dos cabezas amenazadoras; aquí hace sonar un cascabel, silba como un águila de montaña, y brama como un toro. Así se asocia naturalmente á las ideas morales ó religiosas, como por resultado de la influencia que ejerció en nuestros destinos; objeto de horror ó de admiración, los hombres le profesan un odio implacable ó sucumben ante su genio; la mentira la invoca, la prudencia la reclama, la envidia la lleva en su corazón, y la elocuencia en su caduceo. Arma en los infiernos el látigo de las Furias, y en el cielo es el símbolo de la Eternidad. Posee además el arte de seducir la inocencia: sus miradas fascinan las aves en los aires; y bajo el hecheo del pesebre, la oveja le abandona su leche. Pero la serpiente se deja á su vez seducir por los sonidos suaves, y para domarla bástale al pastor su flauta.

En julio de 1791 viajaba por el Alto-Canadá, con algunas familias salvajes de la nación de los Onontagués. Habiéndonos detenido cierto día en una dilatada llanura á orillas del Genesio, entró en nuestro campo una serpiente de cascabel. Había entre nosotros un canadiense que sabía tocar la flauta, y deseando divertirnos, se adelantó contra la serpiente con su arma de nueva especie. Al acercársele su enemigo, el reptil se arrolló en espiral, acható su cabeza, hinchó sus carrillos, descubrió sus dientes venenosos y sus sangrientas fauces; vibró su doble lengua cual dos llamas; sus ojos parecían dos ascuas; su cuerpo hinchado por la rabia, se elevaba y deprimía á manera de un fuelle; su piel dilatada tornóse mate y escamosa, y su cola, que hacia oír un ruido siniestro, se agitaba con tan extraña celeridad que se asemejaba á un ligero vapor.

Entonces el canadiense empezó á tañer su flauta salvadora; la serpiente hizo un movimiento de sorpresa, y retiró hacia atrás la formidable cabeza. A medida que cedia al efecto mágico, sus ojos perdían su poder fascinador, la agitación de su cola disminuía y el rumor que en ella resonaba se fue debilitando paulatinamente hasta cesar del todo. Menos perpendicular-

res sobre su línea espiral, los anillos de la encantada serpiente se ensancharon, y unos tras otros se dejaron caer en el suelo en forma de círculos concéntricos. Los cambiantes de azul, verde, blanco y oro recobraron su brillo sobre su estremecida piel; y el reptil, volviendo ligeramente la cabeza, quedóse inmóvil en la actitud de la atención y del placer.

En aquel momento el canadiense anduvo algunos pasos, haciendo producir á su flauta sonidos dulces y monótonos; la serpiente bajó su abigarrado cuello, entreabrió con su cabeza la menuda yerba, y empezó á arrastrarse tras los pasos del músico que la subyugaba, deteniéndose cuando él se detenía, y volviendo á seguirle cuando él volvía á alejarse. Así se la sacó de nuestro campo, en medio de multitud de espectadores, salvajes y europeos, que con dificultad daban asenso á sus propios ojos; á tal prodigio de la música, la concurrencia gritó unánime que se concediese la vida á la maravillosa serpiente.

A esta especie de inducción, derivada de las costumbres de la serpiente en favor de las verdades de la Escritura, añadiremos otra tomada de una voz hebrea. ¿No es muy extraordinario y al mismo tiempo muy filosófico que el nombre genérico del hombre signifique en hebreo la *fiebre* ó el *dolor*? *Enosh, hombre*, se deriva por su raíz del verbo *anash, hallarse peligrosamente enfermo*. No denominó Dios así á nuestro primer padre, sino que le llamó simplemente *Adam, tierra roja ó limo*. La posteridad de Adam no tomó hasta después del pecado el nombre de *Enosh* ó *hombre*, que tan perfectamente se adaptaba á sus miserias, y con tanta elocuencia recordaba la transgresión y el castigo. Tal vez en un movimiento de amargura, Adam, testigo del doloroso parto de su esposa, y al recibir en sus brazos á su primogénito Cain, lo elevó al cielo exclamando: *¡Enosh! ¡Oh dolor!* Triste exclamación, destinada á designar en lo sucesivo la especie humana!

### CAPITULO III.

#### CONSTITUCION PRIMITIVA DEL HOMBRE.

##### Nueva prueba del pecado original.

Hemos aducido, al hablar del Bautismo y de la Redención, algunas pruebas morales del pecado original; pero no debemos tratar superficialmente tan importante materia, pues, como dice Pascal, «el nudo de nuestra condición toma sus múltiples rodeos en este abismo; de modo que el hombre es más inconcebible sin este misterio, de lo que tal misterio puede ser inconcebible al hombre.»

Paréceme que puede deducirse del orden del universo una nueva prueba de nuestra degeneración primitiva.

Si dirigimos una ojeada al mundo, veremos que por una ley general y al mismo tiempo particular, las partes integrantes, los movimientos interiores ó exteriores, y las cualidades de los seres se hallan en completa armonía. Así, los cuerpos celestes verifican sus revoluciones con admirable unidad, describiendo cada cual su órbita particular, sin contrariarse á sí mismo. Un solo globo nos da la luz y el calor; pero estos dos accidentes no están repartidos entre dos esferas, sino que el sol los confunde en su disco, bien así como Dios, cuya imagen es, una al principio que fecundiza el principio que alumbraba.

Obsérvese la misma ley en los animales: sus ideas, si así puede decirse, están siempre de acuerdo con sus sentimientos, su razón y sus pasiones. Por esta razón no hay en ellos ni aumento ni disminución de *inteligencia*; y es fácil seguir esta regla de las armonías en las plantas y los minerales.

¿Por qué inconcebible destino, solo el hombre se exceptúa de esta ley tan necesaria al orden, á la con-

servación, la paz y ventura de los seres? Cuanto más visibles son la armonía de las cualidades y de los movimientos en el resto de la naturaleza, tanto más notable es en el hombre su divergencia. Existe una perpetua lucha entre su entendimiento y su deseo, entre su mente y su corazón. Cuando llega al apogeo de la civilización, hállase en el último escalón de la moral; si es libre, es grosero y rudo; si suaviza sus costumbres, se forja pesadas cadenas. Si brilla en las ciencias, apaga su imaginación; si se hace poeta, amengua su entendimiento; su corazón se desarrolla á expensas de su cabeza, y esta á expensas de aquel. Estrecha el círculo de sus ideas á medida que ensancha el de sus afectos, y se empobrece en estos en la proporción en que se enriquece en aquellas. La fuerza le hace áspero y duro, y la debilidad le enerva. Una virtud le acarrea siempre un vicio; y este, cuando se retira, le roba siempre una virtud. Las naciones, consideradas en su conjunto, presentan las mismas vicisitudes, pues pierden y recobran alternativamente las luces. Pudiera decirse que el genio humano, agitando una antorcha, vuela incesantemente en derredor de este globo, en medio de la noche que nos cubre, y se muestra á las cuatro partes de la tierra como ese astro nocturno, que creciendo y menguando sin cesar, disminuye á cada paso respecto de un pueblo la claridad que aumenta respecto de otro.

Es por lo tanto razonable suponer que el hombre, en su constitución primitiva, se asemejaba al resto de la creación, y que esta constitución se formaba de la perfecta conformidad del sentimiento con la mente, de la imaginación con el entendimiento. Acaso nos convenceremos de esta verdad si observamos que esta reunión es necesaria aun para saborear una sombra de esa felicidad, en hora triste perdida. Así, pues, por la mera ilación del raciocinio y por las probabilidades de la analogía no podemos negar el pecado original, puesto que el hombre tal cual hoy le vemos, no es probablemente el hombre primitivo. Contradice á la naturaleza entera; elemento perturbador en medio del orden; doble, cuando todo es sencillo, misterioso, versátil é inexplicable, se muestra ostensiblemente en el estado de una cosa dislocada por algún trascendental accidente; es un palacio desmoronado y reducido á escombros, en que se admiran partes soberbias y partes repugnantes; magníficos peristilos sin objeto conocido; grandiosos pórticos y bóvedas mezquinas, luces vivísimas y profunda lobreguez: en una palabra, la confusión y el desorden en todas partes, especialmente en el santuario.

Por consiguiente, si la constitución primitiva del hombre consistía en las conformidades, cuales las vemos establecidas en los demás seres, para destruir un estado cuya naturaleza es la armonía, basta alterar su contrapeso. La parte afectiva y la parte inteligente formaban en nosotros este precioso equilibrio, pues Adam era á la par el más profundo y el mejor de los hombres, es decir, el más poderoso en inteligencia y el más poderoso en amor.

Pero todo lo que ha sido creado sigue necesariamente una marcha progresiva. En lugar de esperar del transcurso de los siglos, nuevos conocimientos que hubiera recibido con nuevos sentimientos, Adam quiso conocer todo á la vez. Y nótese un hecho importante: el hombre podía destruir la armonía de su ser, de dos maneras: ó intentando amar demasiado, ó aspirando á saber demasiado. Pecó solo por este segundo extremo, porque en realidad nos aqueja mucho más el orgullo de las ciencias que el del amor; pero este orgullo hubiera sido más digno de lástima que de castigo, y si Adam se hubiese hecho culpable por haber querido sentir demasiado, más bien que por haber querido concebir demasiado, el hombre hubiera podido tal vez rescatarse á sí mismo, sin que el Hijo del Eterno se hubiese visto precisado á inmolarse. Empero no suce-

dió así: Adam se propuso abrazar el universo, no con el sentimiento sino con la idea, y al tocar el árbol de ciencia, admitió en su entendimiento un rayo demasiado vivo de luz. Al punto el equilibrio quedó roto, la confusión se apoderó del hombre, y en lugar de la claridad que se había prometido, espesas tinieblas cubrieron su vista, porque su pecado se extendió como un velo entre él y el universo. Su alma se perturbó y se sublevó: sus pasiones combatieron su juicio, y este se propuso aniquilar aquellas; y en tempestad tan desecha, el escollo de la muerte presenció estremecido de júbilo, el primer naufragio del hombre.

Tal fue el accidente que alteró radicalmente la armoniosa é inmortal constitución humana. Desde aquel triste momento los elementos de su ser han permanecido diseminados, y no han podido reunirse. La familiaridad, ó por mejor decir, el casi amor al sepulcro que la materia ha contraído, destruye todo proyecto de rehabilitación en este mundo, porque nuestros años no son bastante largos para que nuestros esfuerzos por recobrar nuestra primitiva perfección, puedan en tiempo alguno reparar los daños de nuestra caída.

Pero se preguntará: ¿Cómo hubiera podido el mundo contener todas las razas, si no hubieran quedado sujetas á la muerte? Esto es una objeción quimérica, porque es pedir cuenta á Dios de sus infinitos medios de acción. ¿Quién sabe si los hombres se hubieran multiplicado tanto como actualmente vemos? ¿Quién sabe si la mayor parte de las generaciones hubiera permanecido virgen, ó si esos millones de astros que giran sobre nuestras cabezas, nos hubieran sido reservados como moradas deliciosas, á donde hubiéramos sido trasladados por los ángeles? Y aun pudiera aventurarse más: es imposible calcular á qué altura hubiera podido llegar en las ciencias y las artes el hombre, perfecto é inmortal poblador de la tierra. Si desde luego se hizo dueño de tres elementos; si no obstante las mayores dificultades, disputa hoy á las aves el imperio de los aires, ¿qué no hubiese llevado á cabo en su carrera inmortal? La naturaleza del aire, que presenta en el estado actual un obstáculo invencible al cambio de planeta, era acaso diferente antes del Diluvio. Como quiera que sea, no es indigno del poder de Dios y de la grandeza del hombre, suponer que la raza de Adam estaba destinada á recorrer los espacios y á animar todos esos soles, que privados por el pecado de sus habitantes, no son otra cosa que unas brillantes soledades.

### LIBRO CUARTO.

#### Continuación de las verdades de la Escritura.—Objeciones contra el sistema de Moisés.

##### CAPITULO I.

###### Cronología.

DESDE que algunos sabios han dicho que el mundo encerraba en la historia del hombre ó en la de la naturaleza, señales de una antigüedad demasiado remota para tener el moderno origen que le asigna la Biblia, muchos se han puesto á citar á Sanchoiathon, Porfirio, los libros sanscritos, etc. Pero, ¿los que hacen valer estas autoridades, las han consultado siempre en su fuente?

Es un poco temerario querer persuadirnos que Orígenes, Eusebio, Bossuet, Pascal, Fenelon, Bacon, Newton, Leibnitz, Huet y tantos otros, eran unos ignorantes, ó unos imbéciles, ó unos perversos que hablaban contra su íntima convicción. Estos hombres ilustres dieron asenso á la verdad de la historia de Moisés, y no podemos dejar de convenir en que poseían